

MUÑECAS TRAS EL CRISTAL

© Pedro de Paz, 2003

A mis amigos, por estar ahí cuando se les necesita.
Y a Mara, por la vida que le queda por delante.

© Pedro de Paz, 2003 - 2010

Todos los derechos tanto de los textos aquí contenidos como de la presente edición electrónica corresponden a Pedro de Paz. Se permite la libre distribución y difusión de este fichero electrónico siempre y cuando: a) se distribuya sin alterar su contenido original y b) se cite la fuente y la autoría del mismo.

Muñecas tras el cristal

Pedro de Paz

De todas las situaciones susceptibles de rebasar la capacidad de sorpresa de Jaime, aquélla era, sin duda, la más extraordinaria que hubiese vivido jamás. Su rostro se contrajo en una mueca de asombro desmedido, incapaz de dar crédito a lo que tenía ante sus ojos. Por un breve instante deseó que la imagen mostrada en la pantalla del ordenador no fuese real y parpadeó varias veces en un intento de alejar de su retina lo que, en un primer momento, trató de imputar a una extravagante jugada producto del cansancio y la falta de sueño. Sin embargo, la imagen permaneció allí, imperturbable. Tan real como el rictus de desconcierto que se había dibujado en su rostro aquella madrugada de finales de mayo.

Hasta ese día, la vida de Jaime había transcurrido dentro de los márgenes de lo que se suele denominar de forma pretenciosa *la normalidad*, muy alejada —aunque en esos momentos él ni tan siquiera lo sospechara— de las circunstancias por las que iba a derivar en los próximos días. Esa realidad, su realidad, solía ser de lo más corriente. No vulgar pero sí insustancial, exenta en apariencia de todo atractivo y parecía girar de forma exclusiva en torno a cuestiones muy concretas. A Jaime no se le conocían amistades y tampoco era particularmente pródigo en su vida social. Sus escasos conocidos —que en la práctica se limitaban a sus compañeros de trabajo— tenían a Jaime por

un individuo de fuerte personalidad, poseedor de un carácter solitario, indisciplinado y poco sociable que daba lugar a las más extrañas y variadas teorías. Conjeturas que nunca habían podido ser confirmadas ni desmentidas puesto que, hasta el momento, nadie había sido capaz de aventurarse más allá de donde Jaime había querido permitir. A él, que conocía sobradamente dicha rumorología, ese aspecto de su vida no parecía afectarle demasiado. Más bien, al contrario. Incluso, en ocasiones, él mismo solía alimentarlo con cierta malicia.

Todas las hipótesis solían coincidir, con diversos matices, en que Jaime había llegado a los treinta sin haber podido, querido o sabido vivir su vida. Simplemente se había ido deslizado por ella, dejándose llevar por las circunstancias y obteniendo al final, por todo premio, un título de ingeniero técnico en Informática de Sistemas, un apartamento en la zona centro de Madrid del cual pagaba religiosamente una hipoteca a treinta años y un trabajo de nueve a seis en una anodina empresa de informática. Y según el criterio de Jaime, no precisaba de nada más. A pesar de lo espartano de sus circunstancias personales, Jaime era feliz con su *modus vivendi* porque un detalle que todos desconocían era que la actitud de Jaime formaba parte de una cuidada pose que él mismo se había preocupado en forjar y que le ayudaba a mantener firme la burbuja que de forma voluntaria había decidido construir a su alrededor. Y a pesar de que algunas de las personas que a diario le rodeaban lograban intuir la existencia de dicha burbuja, nadie había sido capaz hasta el momento de descubrir el porqué de la misma.

Sus detractores no andaban del todo errados en sus cábalas. En efecto, las aficiones de Jaime eran contadas y su círculo de amigos se reducía aún mucho más que sus aficiones. Nadie había tenido noticias acerca de alguna relación de tipo personal, ni dentro ni fuera de la oficina en la que trabajaba. Únicamente y de forma muy esporádica, cuando ciertas necesidades físicas hacían acto de presencia, su vida social se ampliaba un poco más, limitándose a dejarse caer por alguno de los bares de copas que frecuentaba de cuando en cuando y en los que conseguía alguna cita que siempre se acababa saldando a la mañana siguiente con un intercambio de teléfonos y la promesa de un «te llamo un día de éstos». Promesa que, indefectiblemente, no acababa cumpliendo nunca.

Pero, curiosamente, la circunstancia que esa noche le había conducido a llevarse una de las más impactantes sorpresas de su vida había sido provocada por una de sus escasas y peculiares aficiones. De forma esporádica y amparado por la sensación de impunidad que le otorgaba la soledad de su casa a altas horas de la madrugada, Jaime gustaba de convertirse en sus ratos libres en un *Pic Hunter*. Un buscafotos. Empleaba sus horas de asueto en navegar por Internet en busca de las miles de páginas que volcaban en la Red su contenido pornográfico con el fin de capturar las diversas imágenes que en ellas se exponían. Se había iniciado en ello un par de años atrás cuando, navegando por la Red, acabó en una de ellas de forma fortuita. El contenido de aquella página *web* le había resultado cuando menos curioso. No se trataba de fotografías profesionales hechas ex

profeso en sesiones de estudio para su posterior comercialización sino de fotografías *amateurs* realizadas en ámbitos particulares, normalmente por los protagonistas de las mismas, y que solían mostrar una amplia variedad de gustos, posturas y prácticas sexuales.

En un principio fue simple curiosidad, esa curiosidad morbosa que siempre provoca el sexo, particularmente cuando se trata de sexo impropio, de sexo robado, de sexo ajeno. Después siguió haciéndolo por puro gusto, por capricho, por aburrimiento alguna de las veces y, desde entonces, había estado practicando sus *cacerías* con cierta frecuencia. Jaime recorría las páginas saltando de enlace en enlace y guardando ávidamente en la inmensidad de su disco duro, a modo de trofeos más que otra cosa, las fotografías que iba descubriendo como consecuencia de su búsqueda. No visitaba aquel tipo de páginas por un deleite exclusivamente sexual, lo cual no quería decir que no le agradara lo que en ellas se mostraba, pero su motivación principal era otra. Jaime visitaba aquellas páginas de la misma manera y por el mismo motivo por el cual a la gente le desagrada el hecho de presenciar un accidente de circulación pero no duda en aminorar la marcha de su vehículo cuando pasa a la altura de uno. Y si suele haber sangre, mejor que mejor. Morbo puro y duro. El gozo personal de Jaime consistía en ver, en conocer cuál era, día tras día, el siguiente paso, la nueva meta en la inventiva del negocio del sexo. Le atraía más lo que le sugería el propio submundo en sí que su contenido. Disfrutaba más con la caza de páginas con contenido pornográfico que de su propia contemplación. Ver qué página

web publicaba la foto más explícita, más impactante, más novedosa, más amoral o más bizarra. Comprobar hasta que punto era capaz de exhibirse el ser humano por sexo, por dinero o por ambas cosas. Tratar de diseccionar, de comprender qué era lo que llevaba a aquellas personas a emprender ese camino al tiempo que, de la misma manera que lo haría un aplicado entomólogo, procedía a almacenar y clasificar en las entrañas de su ordenador las imágenes capturadas, el reflejo de aquellos ejemplares que, por su extravagancia más que por su belleza, seducían su atención. En el fondo, Jaime coleccionaba momentos. Compilaba el destello de todos aquellos instantes que, capturados para siempre en forma de imagen fotográfica, despertaban las más altas o las más bajas pasiones del ser humano. Para él, la contemplación de aquel universo catódico recreado para su delectación era como coleccionar muñecas exhibidas tras un escabroso y a la vez fascinante escaparate de cristal. Y esa sensación le cautivaba.

Pero lo que Jaime encontró aquella madrugada rompió todos sus esquemas. Tras navegar durante un par de horas por la Red, había terminado su sugerente viaje en una *web* de contenido en castellano e incitante propuesta. «Sexo en español» rezaba el título de la página de entrada. De forma mecánica leyó las condiciones de acceso en las que se requería, entre otras cuantas banalidades a las que nadie solía prestar mayor atención, ser mayor de dieciocho años y movió el cursor de su ratón hasta un rótulo con el texto «ENTRAR» que indicaba el enlace al interior de la página *web*. Pulsó el botón y ante sus ojos apareció una lista que

contenía unos diez enlaces gratuitos, identificando por un supuesto nombre a cada una de las personas representadas en aquellas galerías de imágenes. «Sheila – caliente (20 fotos)», «Ana – jovencita inexperta (16 fotos)», «Luis y sus amigas (12 fotos)» y un surtido etcétera de similar título. A su vez, en la parte inferior de la página, se anunciaba la posibilidad de visitar un paraíso donde aquellas imágenes gratuitas que actuaban a modo de cebo se verían multiplicadas por mil a cambio de una modesta cuota de acceso a un servidor de pago. Jaime accedió a los enlaces gratuitos, uno por uno, visitando las distintas galerías y almacenando en el disco duro de su ordenador aquellas imágenes que le resultaban interesantes por su contenido, su forma, su atrevimiento o simplemente por la belleza física de la mujer allí representada.

Tras contemplar las fotos de seis de aquellas galerías, Jaime llegó hasta el enlace de la séptima, en cuyo título rezaba «Elizabeth y su novio (21 fotos)». Como de costumbre, apuntó con el cursor del ratón y pulsó el botón izquierdo. Las fotografías fueron desplegándose en la pantalla a un ritmo lento, perezosas, como recién despertadas de un sueño mientras Jaime encendía el enésimo cigarrillo de la noche expulsando el humo con un gesto de hastío. Por el rabillo del ojo pudo ver que la página había terminado de cargarse en el monitor y se dispuso a prestar atención a su contenido.

Su asombro no tuvo límites cuando comprobó que la mujer que aparecía en la primera de las veintiuna fotografías que componían la serie, arrodillada en el suelo, con los brazos

apoyados sobre un sofá y la melena revuelta mientras era frenéticamente penetrada desde atrás por un hombre de agraciado y musculoso aspecto físico, no se llamaba Elizabeth. Él lo sabía sin temor a equivocarse.

Su nombre era Noelia.

Había soñado demasiadas noches con ese nombre, con ese cuerpo, con ese rostro que ahora veía reflejado en la pantalla adoptando una expresión de inenarrable placer, como para haberlo olvidado. Jaime, atónito, contempló con atención aquella imagen por si algún oscuro rincón de su mente le hubiera jugado una mala pasada, creyendo reconocer a alguien a quien él había enterrado hacía mucho tiempo en lo más hondo de su memoria, pero una pequeña mancha de nacimiento en la base del cuello le despejó cualquier posible incertidumbre.

Era ella. No cabía el menor error o sombra de duda.

No había cambiado mucho. Con más calma estudió los detalles de la fotografía, admirando el contorno de su cuerpo, la firmeza de sus exuberantes senos que, por la posición en la que se encontraba, dibujaban una grácil curva perpendicular a su cuerpo. Aquellos senos que tiempo atrás, hacía ya siete años, había deseado con toda su alma y le habían sido vedados.

Y Jaime recordó. Y el recuerdo, olvidado hasta ese momento en un rincón de su mente y de su alma, le hizo aún más daño que aquella imagen que, testigo mudo de su

asombro, parecía observarle desde la pantalla de su ordenador.

La infancia de Jaime transcurrió en una pequeña ciudad de la periferia de Madrid. Un aberrante conglomerado de bloques de hormigón y caos urbanístico alimentado por el *boom* de la emigración rural de finales de los años sesenta al que la gente que lo habitaba solía llamar, con cierto apego y remembranza de sus antiguos lugares de origen, barrio. Los que no vivían allí, los de fuera, lo solían calificar de forma despectiva con el acuñado y frío término de ciudad–dormitorio. Su niñez se sucedió en la más absoluta normalidad, sin acontecimientos dignos de mención. De pequeño, había mantenido amistad con el típico grupo de amigos del barrio, compartiendo con ellos sus juegos infantiles hasta donde alcanzaba su memoria. Al llegar a la pubertad, cuando la mira de las inquietudes comienza a apuntar en otras direcciones, su amistad, reforzada y afianzada por los años de convivencia, les hizo continuar juntos, pero en esta ocasión jugando a otro tipo de juegos: la primera cerveza, el primer cigarrillo, la primera novia. Fue entonces cuando la situación comenzó a torcerse.

Al llegar a esa problemática edad, Jaime acusó demasiado el cambio. Todo grupo de adolescentes tiene sus roles. Son las típicas señas de identidad que se usan como una necesidad de marcar la diferencia, de demostrar la incipiente personalidad del niño que comienza a ser adulto, aunque esta demostración conlleve siempre de forma implícita una alta dosis de competitividad con tus, hasta ese momento, amigos y compañeros. Unos comienzan a ser los chulos del grupo, otros los inconformistas, otros los graciosos, otros los atrevidos. Jaime no encajaba en ningún grupo. No gustaba de ser partidario ni partícipe de todos esos ritos por los que se

debe pasar para ser aceptado con cierto éxito por el espíritu gregario de la manada adolescente. Jaime prefería mantenerse ajeno a ese tipo de posturas. A pesar de ser más maduro que el resto de sus amigos, poseer un carácter afable y un ingenioso sentido del humor, todos estos méritos no le servían de mucho dentro de su entorno. Sus valores no se cotizaban. Su actitud no cuadraba con la de alguien *interesante* según los cánones adolescentes. Siempre había alguien en el grupo que era más divertido, más inteligente, más atractivo, más osado, en definitiva, más triunfador de cara a la galería. Con esa edad, quien no se desmarca es considerado clase de tropa, del montón. Y él jamás ejerció ningún tipo de liderazgo a ojos de sus amigos, asumiéndolo sin ningún tipo de complejo. Con todo, Jaime, que detestaba los roles y huía de ellos, paradójicamente, fue admitiendo el suyo de forma serena y paciente, limitándose a divertirse y disfrutar al máximo posible de la compañía de sus amigos. Y así, poco a poco, día tras día, fue transcurriendo su adolescencia hasta que aquel suceso trastocó su vida por completo, al poco de cumplir los veintitrés años.

Aquel suceso se llamaba Noelia.

Cuando la vio por primera vez, a Jaime le pareció el ser más bello sobre la faz de la tierra. Fue un flechazo en toda regla. Tenía unos maravillosos veinte años y los ojos de color miel más puros que Jaime hubiese contemplado jamás. Su melena ensortijada se mecía al viento como la más hermosa de las banderas. Su rostro redondeado denotaba el resplandor y la lozanía de una recién estrenada madurez y sus carnosos

labios anunciaban en silencio miles de promesas por cumplir. Poseía un diminuto cuerpo, escultural y perfectamente proporcionado, que transpiraba sensualidad. Pero al margen de estas cualidades, lo que más había logrado captar la atención de Jaime era su actitud maravillosamente femenina, su carácter centrado, afable y sincero, dotado de una inmensa ternura y unido a un gran sentido del humor. Lo tenía todo. Y como habría apostillado su amigo Antonio, acompañaba al conjunto un culo de infarto. Para Jaime era la perfección hecha realidad.

Noelia se había unido a la pandilla invitada por Ismael, otro de los componentes del grupo de Jaime. Hasta hacía muy poco, Noelia había sido la novia de un compañero de Ismael en el equipo de fútbol donde éste jugaba los fines de semana. Ismael y Noelia habían coincidido en varias ocasiones durante los entrenamientos del equipo sin más allá que un par de saludos, pero en cuanto Ismael, que desde que la conoció había estado interesado en ella, supo que Noelia había terminado su relación, le faltó tiempo para invitarla a integrarse en el grupo para salir de juerga los fines de semana.

Ismael era el polo opuesto a Jaime. Era divertido, atractivo, carismático, atrevido y había aceptado de forma implícita el liderazgo del grupo de amigos. Un liderazgo que nadie le había ofrecido jamás pero que tampoco nadie parecía discutirle. Pero Ismael, como todos en cierta manera, también poseía un lado oscuro. Debido a sus cualidades, de las que era perfectamente consciente, su carácter se había tomado

vanidoso en exceso. Su prepotencia, rayana en ocasiones a la chulería, hacía que sus decisiones dentro del grupo no fuesen prácticamente discutidas y cuando, en contadas ocasiones, ocurría esto, afloraba en él un carácter pendenciero que dejaba entrever cierta predisposición a la violencia. Aunque a Jaime le molestaran estos aspectos del temperamento de Ismael, lo que provocaba entre ellos algunas fricciones y asperezas, su relación en general era cordial, profesándose un mutuo respeto y un sincero aprecio.

Así fue al menos hasta que Noelia hizo acto de presencia. Desde que ella llegó, Ismael puso en práctica sus habituales tácticas de acoso y derribo. Nadie en el grupo tuvo ninguna duda de cuál sería el final de la historia. Durante dos semanas todos asistieron a las maniobras de cortejo de Ismael, galanteos que Noelia parecía recibir con agrado. Durante esas dos semanas, Jaime fue sintiendo cada vez una atracción más poderosa hacia Noelia. Cuando, en alguna ocasión, Jaime e Ismael charlaban a solas, éste le confesaba que Noelia le atraía de veras y Jaime solía mantener un incómodo silencio acerca de sus sentimientos, consciente de sus pocas posibilidades. Al cabo de esas dos semanas, Ismael y Noelia estaban comprometidos y Jaime, resignado, se retiró del campo de batalla sin tan siquiera presentar pelea, conociendo de antemano el resultado que ésta podría arrojar y renunciando de forma tácita a hacer público lo que sentía. Jaime no era pusilánime pero conocía perfectamente el terreno donde se movía. Eran muchos años de estar juntos. Sabía cuándo y con quién debía marcar las distancias y supo sin ningún género de dudas que aquél no era su cuadrilátero.

Como tantas otras veces intuyó prácticamente desde el principio que en esa pugna él no tenía ninguna posibilidad frente a Ismael.

Pero el Destino, ese cabrón que siempre juega con cartas marcadas y suele deparar las sorpresas más imprevisibles, hizo que ocurriera algo no previsto, sobre todo por Jaime.

Desde un primer momento, Noelia se integró sin problemas, manteniendo una relación cordial con todos ellos, particularmente con las chicas del grupo, con Lourdes y sobre todo con Laura, pero sorprendentemente y sin ningún motivo concreto que lo avalase, congenió de forma especial con Jaime, haciendo que le tomara un particular afecto, lo que le llevó a convertirse en su principal amigo y confidente. Durante más de seis meses, Jaime tuvo que soportar estoicamente que Noelia le hiciese cómplice de sus confesiones sobre ella y su relación con Ismael. Por aquella época, Jaime estudiaba por las mañanas, pero Ismael trabajaba como camarero en un bar hasta última hora de la tarde por lo que, al margen de salir en grupo los fines de semana, Noelia quedaba con Jaime prácticamente a diario, a media tarde, para charlar y tomar una cerveza antes de acudir a buscar a Ismael a la salida de su trabajo. Durante este periodo, poco a poco, a través del contacto diario, Jaime no pudo evitar que llegase la fatal confirmación de sus temores: acabó por enamorarse perdidamente de Noelia. Pero, en parte debido al temor a verse rechazado si ponía al descubierto sus sentimientos perdiendo así el único lazo de amistad que le vinculaba a ella y en parte aguijoneado por un cierto sentido de espuria lealtad

hacia su amigo Ismael, Jaime fue incapaz de insinuarle nada a ella, conformándose con cubrir sus emociones con una fachada de sincero y honesto aprecio.

Día a día, su relación con Noelia se hacía más estrecha y las confianzas cada vez más profundas, poniendo a Jaime en una situación complicada e insostenible. Los dos parecían encontrarse realmente a gusto cuando estaban juntos y si bien, en un principio, el tema central de sus conversaciones giraba en torno a Ismael, en los últimos tiempos solían hablar casi de forma exclusiva de ellos mismos, de sus gustos y aficiones. Su relación alcanzó tal grado de complicidad que, en determinados momentos, Jaime creyó entrever la posibilidad, y no de una forma del todo vana, de que quizá Noelia albergara unos sentimientos hacia él similares a los suyos por ella. Y aquello fue más de lo que pudo soportar. Durante un tiempo se debatió de forma intensa y cruel entre la lealtad a su amigo, su miedo a equivocarse y no ser correspondido y el amor que sentía por Noelia. En esa época, hasta el propio Ismael veía con cierta suspicacia la relación amistosa entre ambos, produciéndose continuas tensiones que acababan desembocando en disputas cada vez más frecuentes entre él y Jaime. Ismael iba buscando continuamente la pelea, el roce, la ocasión de demostrar que era él quien mandaba, quien poseía y quien marcaba la pauta. Evidentes peleas territoriales. La situación se convirtió en una bomba de relojería en la que la pregunta correcta no era si iba a estallar, sino cuándo lo haría.

Hasta que finalmente lo hizo.

Ese día había un motivo especial de celebración: la hermana de Ismael contraía matrimonio y junto al resto de la pandilla, Jaime fue invitado a la ceremonia. La jornada transcurrió plácidamente, entre risas, bromas y felicitaciones. El banquete se organizó en un restaurante al aire libre en el que tenían reservado el jardín para la posterior celebración, con música, pista de baile y demás aderezos incluidos. Cuando terminó la sobremesa de la comida, bien avanzada la tarde, los invitados salieron al jardín para tomar unas copas y seguir disfrutando de la velada hasta altas horas de la madrugada. El sol se ponía por el horizonte, bañando con una tibia luz rojiza aquella maravillosa tarde de junio. La temperatura había descendido hasta templarse tras un caluroso día de verano y una suave y fresca brisa vespertina acariciaba los rostros de los invitados. El jardín, recién regado, esparcía al aire su fragancia e invitaba a aspirar con deleite los agradables aromas de jazmín y rosas. Los altavoces repartidos por todo el lugar comenzaron a emitir una suave música de acompañamiento. El ambiente y el momento eran idílicos aunque, al parecer, no para todos.

Tras dirigirse a la barra y pedir su copa, Jaime pudo observar cómo en un apartado y discreto rincón del jardín, sentados en un banco ubicado tras unos parterres, Ismael y Noelia discutían acaloradamente. Sus palabras quedaban ocultas tras el murmullo general y la música de ambiente pero, por sus gestos, la disputa parecía revestir cierta seriedad. Jaime se alejó del resto de invitados y se dirigió a un lugar discreto para poder observarlos con calma desde la distancia. En un momento de crispación, Ismael le gritó algo a Noelia, se

levantó enfurecido y se marchó del lugar, dejándola prácticamente con la palabra en la boca. Ella se mantuvo sentada, observando cómo su novio se alejaba. Segundos después, se echó a llorar desconsoladamente. Jaime aguardó unos minutos y finalmente decidió dirigirse hacia el lugar donde ella se encontraba.

Al llegar, Jaime no hizo preguntas. Simplemente sacó su pañuelo y se lo ofreció. Noelia, con los ojos enrojecidos, alzó la vista, masculló un tenue «gracias» y aceptó la oferta de Jaime. No trató de urdir una estúpida excusa ni tampoco le importó que Jaime la viera así. Por desgracia, la situación era bastante frecuente en los últimos tiempos. Jaime agradeció la confianza y, sin decir una palabra, se sentó a su lado.

—No lo aguanto más, Jaime —dijo Noelia entre sollozos—. Esto no puede continuar. Ismael y yo no hacemos más que discutir.

—Ismael te quiere, Noelia —replicó Jaime condescendiente—. He oído que hace poco ha tenido problemas en el trabajo y está algo irritable, pero seguro que sólo se trata de una mala racha. Él te quiere, te lo aseguro. Lo que ocurre es que es algo gilipollas y aunque, por desgracia, eso no se cura, seguro que se le acabará pasando.

Noelia sonrió de forma casi imperceptible ante la ocurrencia.

—¿Sobre qué habéis discutido esta vez? —preguntó Jaime dispuesto a aguantar otra sesión de psicoanálisis.

Noelia endureció el gesto y bajó la vista al suelo.

—Sobre nada. Tonterías, como siempre. Manías raras que le entran. Contigo también anda algo mosqueado. Está rarísimo. Cada vez que, por cualquier motivo, surges en nuestra conversación, noto cómo se pone tenso. ¿Tú no le has encontrado raro?

—Sí, yo también le he visto algo distante conmigo, pero le conozco desde hace tiempo y no le he dado mayor importancia. Ya se le pasará. Como te he dicho antes, no le hagas demasiado caso. Él te sigue queriendo, lo sé.

—Y yo a él, Jaime. Yo también le quiero, pero últimamente... no sé... tengo dudas. Muchas dudas.

Jaime, sorprendido ante aquella súbita confesión, permaneció en silencio durante unos segundos. Era la primera vez que oía hablar a Noelia de aquella manera.

—¿Dudas? ¿A qué te refieres exactamente? —preguntó con cierta cautela.

Noelia terminó de secarse las lágrimas con el pañuelo de Jaime y se lo devolvió.

—Dudas, Jaime, dudas. Le quiero. Le he querido mucho, tú lo sabes mejor que nadie, pero me estoy replanteando nuestra situación muy seriamente. Empiezo a no tener tan claro que quiera seguir estando con él.